

—No te quiebres tanto la cabeza por esa chica. El padre Daniel solía decir, que así como los naipes fueron inventados para divertir á Carlos VII de Francia, que estaba demente, así Dios había inventado á los hombres para divertir á los reyès.

Risas en el público; movimiento de asombro; sensación; tal es el efecto que produjeron estas palabras.

*Boet.* Partió la baronesa para Turin y nosotros nos quedamos en Milan por algunas diligencias que todavía debían evacuarse. Una noche don Carlos llevó á Lorenzo á una casa de prostitucion de Milan, donde lo hizo degradarse y emborracharse, y la escena fué tan repugnante, que el mismo Lorenzo me dijo á mí que le daba vergüenza el papel que el señor había hecho allí delante de él. En fin, nos marchamos á Turin donde nos esperaba la baronesa.

El principe, una vez en Turin, se dió á vivir en comun con la corista, sin recatarse de nadie del hotel, ni de la ciudad; y habiendo hallado allí á un abogado mejicano llamado Fortunio, que había conocido en Méjico, me tapó la boca á mí que le reclamaba que no dejara en descubierto á la camarera de Milan, encargándole que arreglara una nueva declaracion de Lorenzo donde se rebajase lo dicho contra aquella chica, á fin de enviar el documento al juez. Así se hizo, pero cuando lo tuvo, se negó á mandarlo, con pretexto de que era necesario traducirlo al italiano, y que doña Margarita que era italiana, podría hacerlo en Paris. El verdadero motivo era que temeroso de que el juez sospechara, ó de que su esposa y demás parientes dudaran de la verdad del robo, le caía muy bien que se prendiese á álguien, considerando que así la farsa tenía más apariencias de robo.

Por esta misma razon no quiso escribir á su esposa lo que había pasado.

—No, Dios me libre, decía. Mi mujer es muy sagaz, y en lo que le dijese descubriría la verdad, porque yo no sabría conservar la medida. Por esto prefero que lo sepa por los periódicos.

En efecto, tenía entonces mucho empeño en leer el *Figaro*, para enterarse de las noticias que traería sobre el suceso, porque como doña Margarita no lee otro diario, y da mucho crédito á cuanto este dice, esperaba que la relacion del *Figaro* convencería á doña Margarita de que el hecho era cierto.

Antes de partir para Francia rogué á don Carlos que se separara de la corista, á fin de evitar el escándalo que produciría verlo llegar con ella á Paris, estando en esta ciudad su esposa é hijos. Pero tampoco quiso oírme, y partió de Turin en compañía de la aventurera, de la cual no se separó hasta dentro de Paris, por haberle mandado que fuera á hospedarse en el hotel Friendland.

Pero séame permitido, señores, llamaros la atención sobre algunas coincidencias que son de interés capital. Don Carlos residió públicamente con la corista en Gratz, donde vivían su madre, hermano y cuñado; residió también públicamente con ella en Venecia, á pesar de ser muy conocido, por haberse criado en esta ciudad, y residir en ella deudos de su familia; hizo lo mismo en Turin, y finalmente, llegó con aquella mujer á Paris, bajando con ella sin recatarse de nadie. ¿Por qué no hizo lo mismo en Milan, donde no vivía su madre, su hermano y cuñado, ni su mujer é hijos, ni había deudos de su familia? ¿Por qué? ¿No hay un misterio en esto? Sí: porque hizo en Milan la farsa del robo, y para hacerla, debía aparentar que no se relacionaba con la chica. El resultado me parece evidente.

Una vez en Paris, doña Margarita le manifestó cuán extraño le parecía que nada le hubiese escrito sobre el robo. Don Carlos se excusó entre bien y mal, y á fin de teparle la boca, le dijo que no se había perdido el tiempo; que tenía ya indicios sobre el autor del robo, y que un célebre abogado mejicano había escrito sobre esto una memoria que ella traduciría al italiano para enviarla al magistrado de Milan. Hízome á mí doña Margarita alguna indicacion. Pero le contesté que nada sabía, por no haberme mezclado en el asunto, y siempre evité hablar de él, por la repugnancia que me causaba mentir.

Habíamos llegado á Paris á fines de Diciembre; hacia cerca de dos años que yo no había visto á mi familia; ésta se ballaba cargada de deudas, y yo deseaba ir á verla, y que don Carlos me diese dinero para pagar á nuestros acreedores. Pero el Pretendiente me entretenía con las últimas instrucciones que había de darme sobre el Toison.

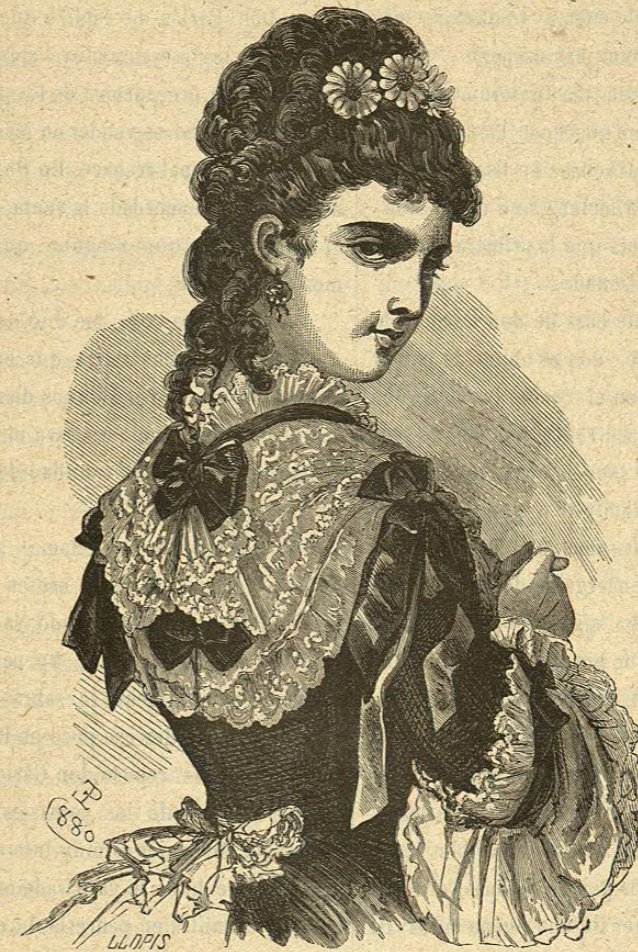
Cansado de esperar me fui á Passy para decidir este asunto. Casualmente don Carlos se hallaba en-

tonces con la visita de doña Isabel de Borbon, que había ido á felicitarle por su regreso. Todos los periódicos hablaron de esta visita, lo cual se puede comprobar fácilmente. Yo, que llevaba prisa, me quedé, á fin de no perder el dia, imaginando que al retirarse aquella señora, podríamos hablar á solas. En efec-

to, apenas se marchó, le manifesté á don Carlos lo que había, y él se puso hecho una fúria.

—No tengo tiempo, me contestó.

—Yo tampoco, repliqué, puedo esperar más. Tome vuestra majestad el Toison, ó arreglémoslo definitivamente.



La baronesa de Samoggy.

—Eres muy pesado. Quédate; despues de comer saldremos y hablaremos. Pero no puedes imaginar cuanto me contrarias. Desde que estoy aquí no he ido á ver á la baronesa, y como ésta no sabe hablar francés, debe darse á todos los demonios. Pensaba ir esta noche, porque como mañana es Noche Buena, si faltase de casa, todas esas brujas legitimistas se me echarian encima, llamándome impio, y por tu causa

no podré ir. Maldita la familia y el fastidio que causa. En fin, ya procuraré arreglarlo.

En efecto, me quedé, y don Carlos halló medio de ir á ver al dia siguiente á la baronesa, á pesar de la festividad del dia.

El Presidente levantó la sesion, y el público salió profundamente conmovido y altamente asombrado.

## XIV.

Abierta la sesión el 24 á la hora ordinaria, duró hasta las doce, y despues de una hora de reposo, continuó como de costumbre hasta las tres. Boet habló con la misma lucidez y serenidad que en la anterior sesión; pero con más dominio de sí mismo y de los detalles; y el mismo traductor, más orientado, trabajó también con más despejo.

Las declaraciones de este día tuvieron una novedad muy importante, y fué que Boet empezó á luchar cuerpo á cuerpo con la Acusación fiscal, no con el Auto del Tribunal de instrucción, sino con la nueva, que aunque más completa que la primera, no por esto es menos infiel é intencionada.

Boet. Por la noche salí de casa de don Carlos con éste, y fuimos al Café Riche, con el objeto de hablar libremente del Toison. Ya en el coche, tuvimos una disputa que por poco nos hace reñir. Así es que si la conferencia del café no fué tempestuosa, se debió al sitio en que hablábamos. Manifesté á don Carlos que no quería, ni debía tener más tiempo el Toison en mi poder, y que volviese á encargarse de él en seguida, porque yo partiría al día siguiente para Bayona.

Don Carlos exclamó que era imposible, porque doña Margarita empezaba á sospechar, y descubriría fácilmente el pastel, si no continuaba teniendo la condecoración fuera de casa. Me alegó que fuera de mí, no podía confiarlo á nadie, porque debería manifestarle lo que había pasado, y era imposible hacer semejante confidencia á más gente. Además, él había fingido el robo para disponer de una buena suma de dinero con que pagarme lo que me debía y satisfacer los gastos de sus placeres, y convenía proceder cuanto antes á la venta de los diamantes, lo cual nadie mejor que yo podía llevar á cabo.

Yo rehusé. Pero él me replicó que hacía mal, porque de este modo no podría cobrar nunca lo que me debía, y me perjudicaría tanto á mí como á él. Al fin accedí, pero con condiciones. Le pedí que antes de procederse á la venta hiciera sobreseer en la causa que había empezado á formarse; lo cual me prometió. Despues nos ocupamos del sitio de la venta. El me dijo que debía hacerse en Madrid, aprovechando el

matrimonio de don Alfonso con la hija del duque de Montpensier, pues en España no hay policía y nadie echaría de ver que se vendiesen diamantes en aquellas circunstancias.

Yo se lo rebatí, asegurándole que se equivocaba, y que era preferible hacerlos vender en Londres por conducto de un inglés amigo y partidario suyo que creería sobre los diamantes todo lo que se le quisiese decir. Don Carlos me replicó que de ningún modo, porque los ingleses son muy listos, y aquel conocería en seguida la procedencia de los diamantes. Propúso-me que los mandase vender en Madrid, enviando allí á mi esposa, lo cual rechacé. En fin, despues de mucho debatir, quedó acordada la venta, pero indeterminado el sitio, puesto que ninguno quiso cejar, y lo dejamos en suspenso.

—Ahora otra cosa, me dijo don Carlos. Ya que te vas á Bayona, convendría que en seguida vendieses en esta misma ciudad algunos diamantes, porque voy á necesitar mucho dinero para instalar á la baronesa, y aunque espero una cantidad de mi administrador, no me bastará.

—¡Qué disparate! exclamé. ¿No conoce vuestra majestad que si se vende eso en Bayona en seguida se sabrá? Yo soy allí conocido, la ciudad es pequeña y está llena de carlistas. Apenas haya vendido un diamante toda la gente lo sabrá, y echará cálculos. Valdría más vender ese poco en París.

—¡En París! repuso don Carlos. Esto sí que sería un disparate, y de los colosales. Tú no conoces á Margarita. Mi mujer es muy interesada, y no me extrañaría que hubiese ya pasado aviso á todos los joyeros y tratantes en pedrería de esta ciudad, participándoles el robo del Toison, y encargándoles que vigilen toda la pedrería que se les presente para comprar. No, Boet, no; nada de París. Transijamos. Tú te vas á Bayona; yo esperaré á ver lo que envía mi administrador; y si me basta, te remitiré una cantidad para tus más apremiantes necesidades y para el viaje á Madrid; y si no me bastare, y tú no puedes esperar más, vende algo en Bayona.

El Presidente á Boet:

—Me extraña mucho, dice, que ahora cuente usted cosas que no están en el proceso.

—Perdone V. E., contesta Boet; no solo he dicho

esto en la instrucción, sino que lo he dicho diversas veces.

—No, señor, replica el Presidente, y llamo la atención del Jurado sobre esto, porque es importante.

Boet replica:

—Y yo también, porque lo he dicho al juez de instrucción hasta la saciedad.

—El acta de acusación no lo mienta, objeta el Presidente.

—¡El acta de acusación! exclama Boet. Esa acta, señores jurados, es tan fantástica, tan... tan... incalificable, que no solo al leerla he quedado maravillado y estupefacto, sino que he creído que se refería á otro Boet y á otro proceso. Sí, señores jurados; lo que aquí digo ahora ya lo he dicho antes no sé cuantas veces; y vereis como se hallará, así que llegue el momento de buscarlo.

Entonces empieza á hacer un paralelo entre su relación y algunos puntos de la acusación fiscal, y ya relata algunos hechos, y se reserva explicarlos cuando llegue el interrogatorio de los testigos, ya los ataca en seguida, segun le conviene.

—No estrañéis mis reservas, dice, porque he de combatir con tal y tanta gente, que me conviene guardar municiones de repuesto para confundirlos. Si ahora lo dijese todo, llegarían aquí preparados, pues mis adversarios que me acusan por las cartas en que yo decía á Retamero que declarase con tales ó cuales prevenciones la verdad, no se han hecho, ni se hacen ningún escrúpulo en buscar de cierto modo declaraciones que destruyan las mias. Pero hay otras cosas que desde luego puedo decir.

Entrando en este terreno, añade: Es una maravilla, señores, ver como el fiscal se admira de que yo apenas llegado á París, de vuelta de la guerra de Oriente, parta en seguida para Bayona á ver á mi familia, sacando de esto pruebas de mi culpabilidad. Lo verdaderamente maravilloso sería que yo no lo hubiese hecho. Hacía nueve meses que no la había visto; acababa de llegar de un largo viaje; era vigilia de Navidad; nada importante me retenía en París; don Carlos no quería que se vendiesen diamantes en esta ciudad, por miedo de que lo descubriese su mujer; todo, en fin, me convidaba y hasta movía á irme; y héteme ahí culpable porque hago lo natural,

porque hago lo lógico. En verdad que esta acusación es... es... Y Boet hace un gesto muy enérgico, como indicando el máximo de lo ridículo y estafalario.

He sabido ahora, prosigue, que don Carlos ya sospechaba entonces de mí, segun dice; y que desde París me hizo seguir por un Mr. Magier, polizonte particular, encargado de expiarme por todas partes. El fiscal en su acusación habla de esto con la mayor formalidad. Yo os diré una cosa que refuta completamente aquello. Pero antes sépase la táctica de mis enemigos. No solo logran que mis testigos digan un día lo contrario de otro, sino que apenas yo alego una cosa, hacen salir de no sé dónde testigos preparados que la niegan. Fijaos en una cosa. Yo salgo de París llevando en mi mismo wagon un polizonte; este me sigue á Bayona; se establece allí conmigo; organiza contra mí un servicio de espionaje; se entera de cuanto hago y digo; no me deja de día ni de noche; y poco despues me destierran de Bayona; pido al subprefecto autorización para refugiarme en la casa de campo del marqués de Alex cerca de Tolosa; el subprefecto lo propone á su gobierno; este lo acepta; me voy; desde casa de Alex escribo al subprefecto dos ó tres veces; allí veo al prefecto de Tolosa, al alcalde de Longages, al comandante de la gendarmería; recibo comidas de casi todos los propietarios de los contornos; y pasmaos, señores, aquel polizonte que me seguía á todas partes, aquel servicio de espionaje que no me dejaba un momento, había perdido, segun don Carlos, mi pista, á pesar de haberme marchado de Bayona á la luz del día y sabiéndolo toda la ciudad, y viene don Carlos algunos meses despues, y dice que yo había huido; que se ignoraba donde estaba; que se me buscaba en vano; en fin, que estaba oculto, porque tenía miedo de ser preso por ladrón; y no solo lo dice don Carlos, sino también el fiscal. ¿Puede darse mayor aberración?...

Estas palabras producen buen efecto en el público, moviéndose el fiscal como si estuviese en áscuas.

Boet. Pero no es esto todo. El mismo fiscal que dice que yo estaba oculto, confiesa pocas líneas despues que yo recibía comidas de los grandes propietarios de los contornos. ¿Qué os parece? ¿Y sabéis por qué? Porque se proponía destruir el testimonio del marqués de Alex, y aquellas comidas le han ser-

vido para declarar que este me apoyaba, porque habiéndome presentado á sus amigos de aquel país, estaba interesado en defenderme para que estos no le acusasen de haberles presentado un ladrón. Así, á trueque de amontonar contra mí todos los cargos, se ha hecho aquella mala urdidura. Una de dos: ó yo estaba oculto, ó no se me daban comidas.

El abogado Campi dice á media voz:

—La contradicción no puede ser mas palmaria.

El fiscal salta como picado por un aspido, y exclama:

—Señor Presidente, aquí se me apostrofa sin haberse pedido la palabra.

—Sería de desear, dice el Presidente, que quien ha interrumpido tuviera presente que ni la ley ni la educación lo permiten.

Campi se levanta.

—Yo no creía, señor Presidente, dice, que mi observación produjera esta explosión. No me he propasado, y me permito recordar á V. E. que soy un hombre tan bien educado, que no creo procedente que en ninguna parte se me hable de educación.

—¡Su señoría no debía interrumpir! exclama el señor Paribelli.

—Podía, dice Campi.

—No.

—Sí.

—Cállese usía.

—Estoy en mi derecho.

—Basta, exclama secamente el Presidente.

El Presidente invita al acusado á proseguir, y le encarga sobre todo que abrevie. «No sea usted pesado, le dice, no se repita usted tanto. Haga una amplia defensa, enhorabuena; pero adelantando siempre.»

Boet. Una vez don Carlos y yo estuvimos acordes sobre algunos puntos importantes, nos ocupamos de los medios de comunicarnos. Don Carlos tenía mucho miedo de comprometerse, y me dijo que convenía tomar grandes precauciones. En efecto, nosotros estábamos vigilados por la embajada española, y corríamos peligro de que se abriera nuestra correspondencia en el correo, si nos servíamos de él. Como don Carlos llamaba al Toison *as de oros*, me propuso que en el caso de ordenarme la venta, me enviara

unas contraseñas con estas palabras: *ten as sin capucha*, lo cual equivaldría á decir, *vende con toda seguridad*. Si por el contrario me escribía *no tengas as*, debía suspender toda venta, coger los diamantes y volverme á París.

Presidente. Eso de *As de oros*, según el acusado, significa... hacer relación... indica... ciertas cosas... del bello sexo.

Grande hilaridad en el público, que más que de la cosa, está admirado del ridículo papel que hace el presidente queriendo explicar decentemente una cosa de la que no es capaz.

Boet. Sobre esto del *as* añadiré un detalle importante. Un español que se encontrara ahora en el sitio del señor Presidente ó de los señores jurados, me preguntaría cómo es posible que don Carlos que ha estado muy poco tiempo en España, y todavía en un rincón de ella, podía saber que hubiese provincias españolas donde se llamase á las partes mujeriles el *as de oros*. Por una casualidad esta contradicción aparente constituye una de las pruebas más irrefutables de que don Carlos llamaba al Toison el *as de oros*, y cuando el príncipe venga, yo lo demostraré á los señores jurados (1).

Por fin, escribimos las contraseñas en una tarjeta de visita. Me había olvidado decir que al recibir yo la orden de vender debía contestar en francés, *recibido y quemado*, pues don Carlos que tenía mucho escrúpulo en escribir las suyas por el significado de la palabra *as* y *capucha*, quería tomar todas las precauciones para que sus autógrafos no se perdieran y cayeran en manos de sus enemigos. El, pues, tomó

(1) Como don Carlos no se presentó, esta demostración no tuvo lugar, y el público no la conoce. Héla aquí. Don Carlos era muy aficionado á leer una novela erótica de Pigault Lebrun, titulada *Angelica y Juanillo*; y en esta novela hay un personaje que habla del *as de oros*, dándole el sentido de dinero y de sexo femenino. Así es que, según Boet, el Pretendiente había sacado de este librote una expresión que suele usar mucho, como *para hacer tal cosa se necesitan muchos ases*, dando al *as* el sentido de *onza de oro* en moneda. Boet le proponía por medio de una pregunta astuta hacer confesar á don Carlos que había leído aquella novela, y ya tenía la obra preparada para presentarle en seguida los pasajes de ella donde se explica la cuestión del *as de oros*. La cobardía de don Carlos salvó á este de la emboscada, como también de otras que Boet le tenía preparadas.

nota de lo que me escribía, para no olvidarse, y yo también para estar al corriente, y cada cual se quedó con su autógrafo. Las órdenes debía enviarlas con dos sobres, uno interior á mí, y otro exterior á mi esposa, ó á mi suegra, lo cual no tiene nada de extraño, porque como saben todos los carlistas, así se me escribía generalmente cuando me hallaba en Bayona.

Sin embargo, la acusación fiscal ha querido sacar de esto partido contra mí, suponiendo que no recibí los autógrafos de don Carlos, porque no puedo presentar los sobres con las señas del correo. Esto demuestra la guerra de quisquillosidades que se ha hecho, y la pasión con que el fiscal me ha tratado. ¿Cómo había de tomar yo precauciones para guardar aquellos sobres, si hasta me comprometía á quemar las contraseñas? ¿cómo había yo de tomar precauciones contra don Carlos, si me era imposible suponer que éste fuese enemigo de sus intereses hasta el punto de atribuirme un robo que no existía, y que le exponía á la revelación de todo lo que había pasado? Pero la acusación fiscal choca de frente con todas las inverosimilitudes á trueque de herirme, á trueque de amontonar apóstrofes sobre mí. Pero sigamos.

Presidente. Sí, sí, y vaya usted aprisa, porque nos está fastidiando á todos. Esto dura ya demasiado, y no sé cuando va á acabar.

Boet. Lo siento mucho, señor Presidente, porque más me cansa á mí que estoy preso hace once meses, acusado hace cerca de dos años, y que veo se va alargando mi arresto y el día de mi sentencia.

Presidente. Pues nadie diría que le pesa á usted, según la cachaza con que se explica.

Boet. Doy todos los datos para mi defensa, y nada más, porque tampoco me conviene cansar á los señores jurados. Arreglada ya la cuestión de las contraseñas, se acordó entre mí y don Carlos que aquella noche yo desmontaría el Toison, distribuiría los diamantes por paquetes, y le entregaría á él un borreguito que forma parte de la condecoración. Al día siguiente por la mañana iría á verle, tomaría una cantidad para ir á Bayona, y me marcharía en seguida.

Entonces salimos, y le acompañé hasta Passy. Por el camino me habló de la corista, y tuvo la extravagancia de decirme: «La baronesa está furiosa. ¿Te

parece si la contentaría dándole algunos de aquellos diamantes para hacer un terno?»

—¡Cómo! exclamé. ¿No teme vuestra majestad que avisados los joyeros por su esposa, entraran en sospechas al ver los diamantes, y dando parte de la presentación de los diamantes, por el hilo se descubriera el ovillo?

—Te diré, repuso. Como serían pocos, no llamarían la atención. Sin embargo, más vale cambiar de plan. Los venderemos, y será mejor dedicar el valor de aquella parte á dar cenas á la pobrecita.

Aquella noche desmonté los diamantes, y al día siguiente traje el borreguito á don Carlos, y le pedí dinero para el viaje.

—No tengo, me contestó; mi administrador no me ha enviado aún nada, porque ha de llegar él mismo de tal parte. Pero pide lo que necesites á Margarita, que ella te dará lo necesario.

En efecto, doña Margarita me dió 200 francos para marcharme, cosa que ella misma ha confesado en sus declaraciones. Y ved ahí, señores jurados, como resulta de esto una nueva prueba á favor mio. ¿Al servicio de quien estaba yo? ¿del marido ó de la mujer? del marido. ¿Pues á quién había yo de pedir el dinero que necesitase? al marido. ¿Por qué lo pedí entonces á doña Margarita? Consta que se lo pedí, porque don Carlos no me lo dió. ¿Por qué no me lo dió? Porque no tenía. De modo que resulta que aquel hombre á quien se supone tan rico, aquel hombre de quien se dice que dispone de miles de francos, el día 24 de Diciembre de aquel año no tuvo 200 francos para dar á su secretario político, y tuvo que enviarle á su esposa, para que se los diese de los fondos del gasto doméstico. ¿Y no se halla relación alguna entre esto y la necesidad de vender fraudulentamente el Toison para cubrir los gastos que le costaban sus servicios?

No, dice la acusación fiscal. ¿Por qué? Porque es una acusación parcial, ciega, apasionada; porque es una acusación, donde á toda costa, y salga lo que saliere, se propone describirme á mí como un monstruo de iniquidad.

Presidente. Adelante, adelante; que es usted muy pesado.

Boet. ¿Pesado?... Puede ser que se lo parezca á

V. E. Pero yo llamo la atención de los señores jurados sobre las observaciones que hago de paso.

Durante esta escena el fiscal estaba lívido de cólera, y apenas podía contenerse, porque cada observación de Boet le hería en lo más irritable de su carácter.

*Boet.* Salí de París y llegué á Bayona.

*Presidente.* ¿Cuándo salió usted de París, el Toison estaba entero ó desmontado?

*Boet.* Ya he dicho que desmontado.

*Presidente.* ¡Ah, sí! Ya recuerdo. Adelante, y vaya usted aprisa.

*Boet.* Llegué á Bayona y encontré á mi familia abrumada de deudas. Nuestros acreedores se presentaron en seguida á reclamar lo que les debía, y con la esperanza de lo que me prometiera don Carlos, les pedí un plazo, que me concedieron. Pero pasaban los días, y no recibía ningún aviso, carta, ni cantidad de don Carlos. Escribí á este y no me contestó. Volví á escribirle, encareciéndole los aprietos en que estaba, y tampoco recibí nada. Entonces di orden á mi esposa de vender algunos diamantes, encargándole que si le preguntasen por la procedencia de ellos, manifestase que eran diamantes nuestros de América. Esta y otras ventas que entonces se hicieron, fueron hechas sin la menor precaución.

Pero voy á detenerme otra vez para someter á los señores jurados algunas observaciones sobre la acusación fiscal.

*Presidente.* Sea usted breve.

*Boet.* Seré brevísimo, cuanto lo permita el interés de mi defensa. Dice el fiscal que al salir yo de París, el Pretendiente sospechaba ya de mí, y mandó seguirme por un policía. Ante todo diré que en este proceso siempre que hay necesidad de contradecir algún hecho importante, salen á favor de don Carlos testigos muy singulares. Si sospechaba de mí, ¿por qué me hacía seguir por un agente de una casa particular de policía? ¿No bastaba avisar reservadamente á la policía de París ó de Bayona, encargándoles que procedieran con cautela para evitar un escándalo si yo era inocente?

Es claro. No obstante, el fiscal no hace caso de esto. Si yo era vigilado en Bayona, ¿no era natural que los vigilantes descubriesen en seguida las ventas

de diamantes que yo hice á la luz del día? Es claro también. ¿Por qué no las descubrieron? Simplemente, señores jurados, porque no existía tal vigilancia. Pero un día le convino á don Carlos este recurso, y apareció una policía que le sirvió á su gusto. ¡Lástima que la acusación fiscal se haya metido en esas honduras! ¡Lástima que haya echado mano de esos recursos! ¡Lástima que un documento que debía ser tan formal, caiga en tales aberraciones!

Por aquellos días recibí una carta extraña de Esparza, secretario de doña Margarita, que me escribía de parte de esta. Me hablaba del robo del Toison y de diversas otras cosas, más ó menos relacionadas con él; me pedía que le diese mi parecer sobre dicho robo, y que le comunicase todos los indicios que tuviese de él. La carta era muy atenta y respetuosa, y puede todavía leerse, puesto que la entregué al juez y figura en los autos.

—Veo lo que sucede, pensó. Doña Margarita habrá hablado del asunto á su marido y á Lorenzo, les habrá cogido en contradicción, ó les habrá hallado confusos, y como conoce de todo lo que don Carlos es capaz, habrá sospechado que el robo es falso, y que yo conozco el secreto.

Creo no haberme engañado. El caso es que contesté sobre esto de un modo muy terminante, diciendo que quien podía darle noticias precisas sobre esto, era don Carlos y Lorenzo, y que en defecto de estos el juez de Milan. De aquella carta y de mi respuesta, el fiscal ha hecho también una acusación contra mí. ¡Cómo! Doña Margarita me hace escribir atentísimamente, preguntándome por el robo, ¿y esto prueba que sospecha de mi integridad? Sí, afirma el fiscal. Pero ¿dónde se ha visto que á un criminal se le guarden tantas contemplaciones, sobre todo, cuando ya se había expedido un espía para vigilarlo? ¿A qué preguntarme después doña Margarita si ya estaba de acuerdo con su esposo contra mí? ¿Qué objeto podía tener la pregunta? ¿A qué debía conducir?

¡Oh! exclama el fiscal. El acusado debía contestar diciendo todo lo que había pasado. ¿Por qué? ¿No era un secreto entre don Carlos y yo? ¿No sabía que don Carlos lo escondía á su esposa? ¿No era don Carlos mi señor? ¿No era descubrirlo hacerle una traición? No comprendo tal modo de argumentar. Mi

respuesta fué clara, pero indirecta. Yo entendí que doña Margarita me decía por medio de un rodeo: sospecho que eso del robo es un lío de mi marido. ¿Qué le contesto yo? Pregunte usted á su marido y á su camarero Lorenzo. ¿Qué más podía hacer? Yo tengo la convicción de que doña Margarita, que es bastante maliciosa, me comprendió perfectamente. En efecto, ella me manifiesta que halla aquel robo muy extraño, muy sospechoso, y yo no se lo niego: al contrario, le digo pregunte V. M. á don Carlos.

Así pues, resumiendo, diré, es falso que se me hiciera espiar por ningún polizonte; es falso que doña Margarita sospechase de mi integridad; y la acusación fiscal que afirma lo contrario...

*Presidente.* Aprisa, aprisa, y acabe usted.

*Boet.* Hago el corolario de mis argumentos.

*Presidente.* No lo necesitamos, después de oír los argumentos.

*Boet.* Yo sí. Pero estoy cansado, y deseo tener un momento de reposo.

*Presidente.* Todos estamos también cansados, y se suspenderá la sesión hasta la una, según lo establecido.

## XV.

Continuada la sesión el mismo día á la hora dicha, el presidente concedió otra vez la palabra al Acusado, que había quedado en el uso de ella.

*Boet.* Antes de proseguir, séame permitido dar las gracias á los señores jurados y á la sala por la benevolencia con que esta mañana me han escuchado; á pesar de haber sido más extenso de lo que hubiera deseado.

La acusación fiscal se maravilla de que yo me marchase á Bayona sin llevarme un resguardo del Pretendiente, autorizándome para guardar el Toison. Otra extrañeza que no comprendo. ¡Cómo! ¿Don Carlos me hace una confianza, y yo debo pedirle una garantía de ella? ¿es mi jefe, mi rey, mi amigo, y debo exigirle una declaración escrita? ¿no era más natural que él me la pidiese y exigiese á mí? ¿si ya que el Toison se había declarado robado, yo hubiese querido levantarme con él, y escondiéndolo, ó vendiéndolo

lo clandestinamente, como era fácil, hubiese negado á don Carlos la joya, qué hubiera hecho, ni podido hacer éste, para revindicar lo suyo? ¿hubiera salido al público, se hubiera presentado á los tribunales, ó hubiera reunido á su familia para decir: el robo del Toison fué fingido por mí, yo confié la condecoración á Boet, y éste ahora me la niega?

Imposible, porque esta declaración le perdía, ante el público, ante los tribunales, ó ante su familia. Don Carlos se veía obligado á callar, y yo quedaba dueño del Toison, sin peligro alguno. Véase, pues, como lo natural no era que yo le pidiese un resguardo á don Carlos, sino que éste con un enredo ú otro me pidiese á mí un recibo, fingiendo al menos haberlo recobrado, y entregádomelo para evitar ciertas cosas misteriosas. Pero el fiscal dale que dale sobre mí, prescindiendo de todo, desde lo positivo hasta lo verosímil. Creo que ya indiqué este argumento; pero no me parece de sobra haberlo hoy retocado.

Esperando estaba cartas del Pretendiente, cuando supe que por reclamaciones del embajador de España había sido expulsado de París y Francia, y que se había refugiado en Londres. Aquí procede rectificar un concepto de la acusación fiscal. Dice esta que don Carlos se fué espontáneamente á Londres. No es exacto. Si el fiscal ha querido prescindir de la política, aquí no debía hacerlo, porque la política era necesaria, ya que se trataba de un hombre y de un hecho político, del mismo modo que al hablar de un zapatero, no es posible dejar de hablar de la horma. Don Carlos fué expulsado de Francia por las puerilidades que aquellos días cometió, viéndose reconciliado con doña Isabel de Borbon, su tía.

Este viaje produjo un nuevo escándalo, porque al saber su destierro, ordenó á la corista que se le reuniese en la estación del ferro-carril, y como le acompañaron hasta allí muchas familias legitimistas de las más importantes, todas éstas vieron como subía al vagón acompañado de aquella aventurera. Entonces hubo una vergüenza y murmuración atroces, y las señoras que habían ido á despedirlo en son de protesta contra el gobierno francés, quedaron escandalizadas del cinismo del príncipe é irritadas de la afrenta que les había hecho, presentándose con aque-